



Partió, en la persuacion de que era llamado, ardentemente deseado por toda una nacion desgraciada.

Esta ilusion habia penetrado en su espíritu con tanta mas facilidad, cuanto que poseia una alma elevada y caballeresca, y que el solo pensamiento de que podia tomar parte activa en la construccion de una grande obra, lo exaltaba con facilidad.

Tal vez esta fué la sola ambicion que tuvo siempre!

Maximiliano tenia, ademas, gustos muy sencillos y un grande amor al trabajo, pero no poseia ni la inteligencia ni la energia suficientes para llevar á buen fin una empresa de la magnitud de la que se atrevia á acometer.

Bien rodeado, bien aconsejado, tal vez hubiera podido, no precisamente formar un imperio duradero, porque esto era imposible, pero siquiera hacer á México el inmenso beneficio de sacarlo del caos en que estaba sumerjido hacia cincuenta años. Dándole orden, le hubiera dado dicha y riqueza.

Tal vez así se hubiera hecho perdonar su origen; y sino hubiera conseguido permanecer hasta el fin como Emperador de México, se hubiera grangeado, al menos, algunos derechos á la gratitud del pueblo mexicano y del mundo entero, despues de su caida. Y de esta manera su empresa, que la historia llamará una aventura, hubiera sido considerada, al contrario quizá, como una obra de desinterés, como un acto de humanidad.

Hoy no es mas que un ejemplo terrible!

El emperador Maximiliano y la Emperatriz desembarcaron en Veracruz el 28 de Mayo de 1864. La primera acogida no fué favorable, pero el entusiasmo que SS. MM. encontraron en el camino, borró bien pronto la primera impresion mala.

En todo el tránsito hasta México no hubo mas que demostraciones de alegria. (1)

La capital entera habia salido al encuentro de los jóvenes soberanos, y ellos sonreian á todo el mundo, con una gracia y un abandono, que patentizaba el gozo de sus corazones.

Sin duda tenian fé en el porvenir!

En cuanto llegó Maximiliano á la capital, conoció el estado deplorable en que tenia los negocios públicos la regencia. No habia hecho, ni siquiera preparado nada.

El Emperador no pudo disimular su sorpresa, y Almonte cayó en cierta especie de desgracia.

Se le alejó completamente de los negocios, mas como no se le podia separar de la administracion, se le nombró gran mariscal de la corte, con cuyo puesto se tuvo que conformar.

Era un acto de ingratitud por parte del Emperador, herir así á un hombre que le habia prestado incontestables servicios. Si Almonte no habia hecho nada, es necesario confesar que habia sido muy delicada su

(1) No es exacto. Esas demostraciones, officiosas ó no, comenzaron desde Orizava.—N. del T.

posicion. A pesar de todo, supo tomar una actitud enérgica con el clero, y defender tambien, con un valor que le honra, los principios liberales que la intervencion francesa pretendia importar á México. (1)

Almonté era uno de los que habian hecho el imperio, pero el Emperador no le perdonaba, sin duda, el haber firmado el tratado de cesion provisional de Sonora á la Francia, tratado cuya abrogacion fué una de las condiciones para que se decidiera á aceptar la corona.

Cometió entonces la inmensa falta de nombrar ministro al Sr. Ramirez, cuyo odio por todo lo que era francés, cuya incapacidad la mas notoria, y cuya hábil intriga lo condugeron al borde del precipicio en que encontró la muerte. De todos los consejeros que tuvo el desgraciado príncipe, el mas funesto fué el Sr. Ramirez.

Las flores, los gritos de alegría, pudieron aturdir un instante al joven soberano, pero despues de la ilusion, era necesario afrontar la realidad.

Era necesario reinar, en una palabra! . . .

Aquí debia terminar nuestro relato, porque creíamos, y creemos todavia, que no ha llegado aun el momento de escribir la historia del imperio de México.

(1) Esto no es exacto ni justo.—Los principios liberales y de reforma que pretendió defender Almonté, eran los que constituian ya á la República mexicana; principios y reformas muy diferentes, por cierto, de los «ukases» de Forey y de Bazaine con que se habia presentado la intervencion.—N. del T.

Para llenar esta tarea con imparcialidad, esperábamos la publicacion de documentos que no pueden tardar en aparecer. Sin embargo, como muchas publicaciones que ha habido recientemente, nos parecen incompletas, nos hemos decidido á publicar una memoria curiosa, que responde detalladamente á gran parte de lo que se ha escrito sobre la materia. Esta pieza histórica fué entregada en Saint-Cloud al emperador Napoleon por la emperatriz Carlota.—Bosquejaremos solamente, á grandes rasgos, los importantes acontecimientos que nos separan del mes de Agosto de 1866, para explicar cómo y por qué circunstancias vino á ser conducido Maximiliano á redactar ese trabajo.

Desde luego preocuparon al nuevo soberano las cuestiones de la iglesia que tenian para él una importancia capital.

Esperaba un nuncio apostólico para zanjarlas.

No queriendo emprender nada antes de la llegada de este prelado, se decidió á hacer un viaje al interior del pais. La acogida que recibió en todas partes fué la misma que se le habia preparado de Veracruz á México. (1)

(1) Ya he dicho lo exacto respecto á las manifestaciones que se hicieron á Maximiliano en ese viage. En cuanto á este del interior, recuérdese que las *anginas* lo detuvieron en un pueblo de Guanajuato; y se aseguró entonces que su precipitado regreso de allí á la capital fué por temor de que lo apresaran las fuerzas republicanas que recorrían aquellos lugares.—N. del T.

Se le cubrió el camino de flores, y no oía mas que exclamaciones de reconocimiento y felicidad. Pudo, indudablemente, creerse el elegido de la nacion. La ilusion es el pan de todos los soberanos. No ven el abismo hasta el dia en que se les precipita en él!

Su vuelta á México dió lugar á una nueva ovacion. Todo parecia marchar á medida de los deseos del Emperador.

El general Bazaine acababa de ser nombrado mariscal de Francia.

Maximiliano supo este nombramiento durante su viage, y se apresuró á felicitar al nuevo mariscal, escribiéndole desde Penjamillo, el 6 de Octubre de 1864:

«Una sola cosa podria disminuir el placer que nos ha proporcionado tan feliz acontecimiento, y seria el caso en que, á consecuencia de él, tuviéseis que abandonar nuestra patria.

MAXIMILIANO.»

El comandante en gefe habia ido á Toluca, con la Emperatriz, á encontrar al soberano.

Todavía reinaba entre todos la mejor inteligencia.

¿Porqué debía nublarse tan pronto?

Se ha dicho que la causa fué M. Eloin, un consejero del Emperador que le habia recomendado el Rey de los belgas.—¿Quién era ese personage?—¿De dónde

venia?—¿Cuál era su pasado político?—Nadie podia decirlo. No sabemos como pudo sembrar la discordia entre el soberano y el mariscal. Lo que era notorio en México es que el consejero del Emperador tenia mucha influencia, y que abrigaba una especie de horror hácia los franceses y hácia su gefe, que no sabia disimular.

Otros se encargarán de dar á conocer á ese personage, mejor de lo que nosotros podemos hacerlo aquí. Por ahora diremos solamente que él fué la causa de casi todas las faltas cometidas en México por el Emperador, y que por su inercia y falta de conocimiento en los negocios, fué una rémora fatal para todo progreso. ¿Cómo habia podido patrocinar el rey Leopoldo á semejante consejero?...

Empero es justo decir que no es M. Eloin solamente quien debe asumir la responsabilidad de este desacuerdo funesto.

Hubo en el círculo del Emperador otras personas que consiguieron que el soberano tomara la defensa de sus pasiones particulares. Entre ellos debe contarse al general conde de Thun, que mandaba el cuerpo austriaco, y quien desde los primeros dias se puso en abierta lucha con la autoridad francesa. Quería ser independiente, y el mariscal cometió la falta de no haberse mostrado bastante enérgico con él y de no haber reprimido sus pretensiones oportunamente.

El Emperador tomó parte en la cuestion en favor de su compatriota, y esto contribuyó mucho á mante-

ner una animosidad cuyas consecuencias debían ser fatales.

En suma, podemos asentarlo con toda conciencia, hubo faltas por parte del soberano, y las hubo también por parte del mariscal. Desgraciadamente, este no comprendió las consecuencias de esa lucha peligrosa, y en esto encontramos, principalmente, la causa de sus faltas posteriores. ¡Cuánto mejor hubiera hecho en retirar sus quejas desde el principio! ¡Cuánto mejor hubiera hecho también el gobierno francés, que conoció esa lucha desde su origen, en haberla terminado llamando al mariscal!

Al fin llegó el nuncio, cuando concluía el año de 1864.

Pronto debían desvanecerse las esperanzas que se fundaban en él.

Llegó sin instrucciones y con la resolución de deshacer cuanto se había hecho.

Nada pudo vencer su inercia. Rehusó categóricamente toda transacción.

Fué necesario obrar sin él.

El nuncio se retiró en Junio de 1865, época en que podía verse ya el borde del abismo. La actitud de los Estados-Unidos hacia disminuir la confianza de todos, y el empréstito mexicano había bajado en la Bolsa de París, el 5 de Mayo, de 50 á 46 francos, como si Juárez estuviese en vísperas de entrar á México. Sin embargo, Maximiliano estaba muy distante de creer una crisis tan pronunciada, porque si era ver-

dad que existían dificultades con el Papa, la cuestión militar parecía tranquilizarlo. El general Douay batió al ejército de Uruga y tuvo algunas otras victorias en el Estado de Michoacán. El general Brincourt había hecho una brillante campaña en el Estado de Oaxaca contra el general Porfirio Díaz. La capital de este Estado no estaba fortificada: el general Brincourt estaba ya próximo á apoderarse de ella, cuando tuvo que volver sobre sus pasos, en virtud de órdenes que recibió del mariscal. Tan extraña resolución no puede explicarse sino por el deseo del general en jefe de ir él mismo á medirse con Porfirio Díaz. También así se dió tiempo al enemigo de levantar fortificaciones y preparar al ejército francés un nuevo sitio de Puebla; pero probablemente la perspectiva de un sitio tenía un secreto atractivo para el vencedor de San Lorenzo; y las probabilidades casi ciertas de una victoria que comunicaría nuevo brillo á la gloria militar que había adquirido durante la expedición, acabaron de decidirlo.

Solamente olvidó, en su ardor guerrero, los gastos enormes con que iba á recargar el presupuesto mexicano.

Las tropas francesas salieron de México en los primeros días de Diciembre, á las órdenes del general de división Courthois d'Hurbal, para ir á observar al general Porfirio Díaz.

Muchas dificultades tuvo que vencer ese general francés para llegar hasta Etna, á la vista de Oaxaca, y

no pudo pasar de allí, porque le estaba prohibido dar un solo paso mas, así como atacar bajo ningun pretexto.

Esta prohibicion le era tanto mas penosa, cuanto que, mientras él estaba condenado á la inmovilidad, Porfirio, encerrado en la ciudad con un ejército cuyos oficiales eran, casi todos, de los amnistiados en Puebla, levantaba fortificaciones á la vista del ejército francés. (1) Habiendo participado esto al mariscal, salió este apresuradamente á dirigir la campaña por si mismo.

El general d'Hurbal se vengó de aquella inaccion rigorosa en que se le habia tenido, dando al ejército francés el expectáculo de un valor y una sangre fria envidiables, el dia que se rompieron los fuegos.

A ejemplo de Puebla, capituló Oaxaca sin condiciones. La guarnicion entera depuso las armas, y el general Diaz tuvo por prision el fuerte de Guadalupe, en aquella ciudad.

El mariscal regresó á México orgulloso con su triunfo.

Escribió á Paris que la última muralla de resistencia acababa de desmoronarse en Oaxaca, y que ya no quedaban mas que «bandas,» que se aniquilarian pronto.

Y para justificar su dicho, mandó para Francia la

(1) No recuerdo cual fué la amnistia de Puebla, á que se refiere aquí el autor.—N. del T.

brigada del general l'Heriller y la artillería de la guardia.

Esta primera salida de tropas despertó en el espíritu del Emperador una de las preocupaciones que mas debian de atormentarlo, como se comprende fácilmente: la organizacion de su ejército.

Se acercaba el término de la salida de las tropas francesas: la insurreccion permanecia como siempre, y era forzoso ahogarla.

El general Forey nada habia hecho, desde Orizava, para esa organizacion. Despues se vistieron algunos hombres, se formaron unas especies de regimientos y compañías, pero no se les dió ninguna instruccion, ni tenian ninguna administracion propiamente dicha. Las tropas se reclutaban entre los vagos y mal entretenidos, recibian sus sueldos por quincenas adelantadas, como en las administraciones anteriores, y el resultado de todo este desórden eran las deserciones.

No habia nada realmente organizado.

Estaban reunidas algunas comisiones, pero todo figuraba en el papel, y el tiempo pasaba de este modo, sin ningun provecho positivo. Así se siguió pasando, hasta la hora fatal en que fueron insuficientes hasta los esfuerzos supremos.

Maximiliano sentia mucho todos estos retardos, y lo manifestaba en alta voz.

¿Se habia extinguido la fé que tenia en el mariscal Bazaine el 7 de Octubre de 1864?

Todo indica que sí.

Hacemos constar un hecho solamente, sin hablar de las circunstancias que pudieron ocasionar este cambio brusco en el espíritu del soberano.

Estamos en los primeros días de Febrero de 1865,

El general Woll acababa de embarcarse en Veracruz en el paquete inglés que salió el día 2 de ese mes.

Este ayudante del Emperador iba á Europa con una misión francesa para el emperador Napoleon, y esta misión no era nada menos que la de pedirle la retirada del mariscal Bazaine. No sabemos si este conoció esa misión. Nosotros podemos hacerle saber, de la manera mas positiva, que el general Woll era portador de instrucciones escritas y categóricas en este sentido, para el gabinete de las Tullerías; y añadiremos que este primer pedido, que quedó sin resultado, fué seguido de otros muchos del mismo género, sin contar el que hizo personalmente la emperatriz Carlota cerca del emperador Napoleon, en 1866.

¿Por qué se obstinaba el Gobierno francés en conservar al mariscal Bazaine?

Esto es lo que ignoramos, por mas que comprendamos que hoy debe sentirlo.

Como, á pesar de todo, el elemento generoso predominaba en su naturaleza esencialmente débil, Maximiliano olvidaba el resentimiento de la víspera, á la vista de cualquier procedimiento bueno del día siguiente.

De aquí nacian las constantes contradicciones en su conducta con el mariscal.

Así, por ejemplo, ¿qué hace el día del casamiento del comandante en jefe, cuyo relevo habia pedido *con instancia*? Imagina regalarle un hotel magnifico, con todo el ajuar que la municipalidad habia comprado para recibir al general Forey, y encarga á Almon-te del mensaje. El mariscal rehusó, pero la mariscal pudo aceptar sin temor. La diferencia no era gran cosa. El Emperador hizo el obsequio, y por cierto que fué régio!!!

Desde ese día se convirtió el mariscal en inquilino de la mariscal, y en inquilino real, porque el inquilinato ascendía á 60.000 francos anuales, que la municipalidad ha pagado religiosamente hasta el último mes.

La siguiente carta fué agregada á la acta de la donación: (1)

«Mi querido mariscal Bazaine.

»Queriendo daros una prueba de amistad personal, así como de reconocimiento por los servicios hechos á nuestra patria, y aprovechando la ocasion de vuestro matrimonio, hacemos donacion á la mariscal del palacio de *Buena-vista*, incluso el jardín y todo el menage; á reserva de que, si bien porque al-

[1] El palacio acaba de venderse por el gobierno mexicano á D. José Rincon Gallardo en beneficio del erario. En cuanto á los hermosos muebles y maceteros para jardín, de que la municipalidad habia adornado el palacio para el general Forey, fueron vendidos en la suma de 17,000 pesos, por el mariscal Bazaine, antes de su salida de México.—(Nota del autor.)

gun día volviérais á Europa, ó por cualquier otro motivo no quisiérais seguir en posesion de dicho palacio para la mariscal Bazaine, la nacion volverá á entrar en su dominio, y para tal caso, el Gobierno se obliga á dar á la mariscal, como dote, *cien mil pesos*.

«Vuestro muy afecto.

«MAXIMILIANO.

«CASTILLO.»—«ALMONTE.»

Estas generosidades del Emperador, en nada mejoraban los negocios del Estado.

Los acontecimientos de los Estados-Unidos se habian sucedido de una manera contraria á todas las previsiones. Acababan de sucumbir los confederados, y el Norte vencedor prometia socorrer á Juarez, mas que nunca, en la lucha que sostenia con perseverancia.

Se ha hablado, como de una combinacion hábil, de la posibilidad que hubo entonces de recibir en el territorio mexicano, á los confederados vencidos que pedian asilo al Emperador; mas esta cuestion, tan sencilla en la apariencia, era muy complexa, como esperamos probarlo en seguida, tratándola con documentos auténticos.

Digamos por lo pronto, para dar una prueba de la buena disposicion del Emperador, que este encargó al célebre comodoro Maury y al general Magruder, de

todo lo concerniente á la colonizacion en México, pensando llegar así á los resultados que no se hubiera atrevido á tentar por una medida precipitada, por temor de herir las susceptibilidades del gabinete de Washington.

A pesar de todas estas precauciones, los Estados-Unidos protestaron contra los nombramientos hechos en favor de enemigos, y Maximiliano se vió en la necesidad de retirarlos de sus funciones.

«Un acontecimiento muy grave que habia tenido lugar en México, hizo mucho ruido en los Estados-Unidos y excitó á su gobierno á mostrarse todavia mas hostil hácia Maximiliano.

«Cierta doctor Gwin, senador por el Estado de la California, llegó á México, portador de una carta de M. Conti, gefe del gabinete del emperador Napoleon, para el mariscal Bazaine. En esa carta, *que hemos leído*, se suplicaba al comandante en gefe que apoyara las operaciones de colonizacion que el senador confederado queria hacer en el Estado de Sonora.

«El mariscal dió pruebas, en esta vez, de mucho tacto y finura.

«Comprendió la gravedad de esta empresa, y previendo las consecuencias, adoptó algunas vacilaciones, con el objeto de ganar tiempo.

«El negocio era perfectamente conocido en Washington y en México.

«La llegada de Mr. Gwin coincidió con ciertas noticias que vinieron de Francia, relativas á Sonora.

El gabinete de México se conmovió, y el Emperador se vió obligado á protestar públicamente.

Un diario americano, el «Express,» habia anunciado que Mr. Gwin iria á Arizpe, en Sonora, y que seria apoyado por tropas del mariscal Bazaine. La excusa que daba ese diario al proyecto, era que el plan del senador americano aumentaria mucho los recursos de México, y que así podria el gobierno pagar las deudas que habia contraido para con la Francia.

El «World» de Nueva York, y el «London Times» hacian revelaciones importantes en este asunto.

El «Diario oficial» de México protestó enérgicamente contra semejante designio, en un largo artículo del 26 de Junio.—Declaró que el gobierno, no solamente no era cómplice, sino que se opondria á él con todas sus fuerzas.

Adelante se verá, en la defensa del Lic. Ortega, hecha en favor de Maximiliano, en Querétaro, un párrafo que se refiere á este incidente.

La proteccion acordada por el emperador Napoleon á Mr. Gwin complicaba las cosas y les daba una gravedad que no pudo ocultarse á los mexicanos, quienes deseaban conservar su independencia absoluta. En consecuencia, provocó algunas artículos muy violentos de la prensa menuda de la capital, en que tuvo que intervenir el mariscal Bazaine. Este negocio hizo algun ruido en Francia, porque en el diario «La Prensa» de Paris, correspondiente al mes de Abril, encontramos las líneas siguientes:

«Por otra parte, la prensa menuda de México no cesaba de esparcir noticias alarmantes, en la falsa suposicion de una cesion de Sonora, sobre la actitud de los Estados-Unidos para con México: en una palabra, esa prensa se esmeraba en promover la animadversion popular contra los extranjeros, y á derramar el ridículo por medio de caricaturas, sobre las tropas europeas, al mismo tiempo que el desprecio sobre las cosas mas dignas de respeto.

«Fácil es comprender que semejante situacion no podia ni debia prolongarse sin peligro. El 22 de Marzo fueron llamados al cuartel general los editores y los redactores de todos los periódicos de la capital.

«El coronel Boyer, gefe del gabinete del mariscal Bazaine, despues de haberles recordado los deberes de los órganos de la prensa, cuya mision consiste en calmar las pasiones, y no en excitarlas ni en envenenarlas, vituperó la conducta de los periódicos satiricos, y concluyó por declarar, á nombre del gobierno imperial y el del mariscal, que el decreto de Noviembre de 1863 que estableció el estado de sitio, no estaba derogado, y que en consecuencia, los escritores que se liciesen culpables de excitaciones á la discordia y de propagacion de rumores alarmantes, deberian comparecer ante los consejos de guerra. Acto continuo fué decidida la prision de D. Manuel Villegas, editor de la «Orquesta,» y del Sr. Franco, administrador de la «Sombra,» los cuales aun no han sido puestos en libertad. Está preso tambien el redactor